

Con mi homenaje prometeico, a LEON FELIPE.

... y por qué no he de decir el sabor de los muertos/
dulces ramas dormidas/ quietud de agua en paz/
piedra y heno abrazado a los muros/ amontonado resplandor
de días hundidos en el cieno/
oh que nido de lagos/ que remanso de tardes ya sangradas y rotas/
he besado la frente/ el desierto infinito del granizo/
del metal/ del marmol/ del tiempo/ del abismo/
todo silencio/ ni adormecido resplandor de héroe/
ni raíz de palabra/ ni sol/ ni monte/ ni recuerdo de hierba/
he besado la frente y sentido un sabor a universo sin astros.

qué álgido murmullo de silencios/
detenidos los sonos de bosques y cascadas/
quieto/ compañero de piedra y de albarrada/
gavilla de raíces/
noche en toda la plenitud de nubarrón y gruta/

ahora no estás/
pero todos los aromas estuvieron en tu pecho/
gritos de rosas o volcanes/
acumulada miel de siglos/ de espaciales abejas libadoras
empanando la luz entre los arrecifes/
palpitación de astros/ estrellas lívidas/
hermosas y fragantes/
estuvo el amanecer rendido entre tus manos/
boscaje de carmín y corriente de verdosos latidos/
tuyo fue el momento/ la tarde y el relámpago/
tuyo fue el mundo
como un arroyo tierno/ fresquísimo.

MANUEL FERNANDEZ MOTA



Porque aman las estelas de hierba,
las pupilas del alba,
los brazos de la yedra.

Porque se entregan a caminos azules de sueños barbitúricos
entre colinas y valles imposibles,
porque lloran cuando vuelven a casa
porque llevan los cuerpos que más pesan.

Porque arrastran los más raros licores,
las noches,
los naufragios.

Porque beben blandos metales fundidos con urgencia
que provocan sus cuerpos turbados sin alcoba
y aventan su mirada en la penumbra.

Porque avanzan con pies sembrados de ceniza
y donde pisan se crisan los almendros.

Porque se saben magos telúricos de espejos artesanos
que suben a la hoguera,
que suben satélites pintados sin ternura
y se dejan desnudos, demudados de llanto,
y se dejan los brazos dislocados:

veleros de papel sobre la alfombra.

Inevitablemente ocurre:
lo difícil es desprenderse de ellos,
se agarran a tí,
te persiguen con promesas
de nombres extraños.

En secreto,
silenciosamente,
se querellan con otros cielos,
reparten su gravedad
como si sólo fueran eso, amor,
simple y pura anécdota.

Y avanzan,
olvidándose,
de su sencilla impotencia,
de su improcedencia,
en todas las cabezas
de nueve años.

BLANCA AUSIN

AMALIA IGLESIAS